

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

¿QUE se ha hecho de los recitadores, los recitadores por antonomasia, los recitadores de poesía? Ahora que lo pienso, se trata de una clase en disminución, tanto en el área de la profesionalidad artística -Berta Singerman, que lo hacía de vestal; González Marín; Carmina Morón; Pio Fernández Cueto...- como en el broche de bodas y bautizos donde solía arrancarse el espontáneo, con "el Piyayo" como pieza obligatoria, y luego, facultativamente, lo que Dios quisiera y el público aceptara aguantar.

La poesía, ahora, se compone más para ser leída que proferida. Y cuando ocurre lo último, es en boca del propio autor, que acaso acepte "leer" sus versos, pero jamás "recitarlos". Esto pone sobre ascuas a los organizadores de juegos florales provincianos, aunque raramente de forma tan explícita como declara el Hogar Manchego de Valencia, en una deliciosa convocatoria que tuvo la ocurrencia de recortar: "En el acto de entrega de premios, los trabajos seleccionados serán dados a conocer al público por voz de rapsoda profesional, que oportunamente habrá sido asesorado por el poeta galardonado, salvo en el caso de que el autor sea reconocido como recitador destacado"

En fin, si vengo a estas elucubraciones es porque en la ciudad del Pisuerga me sorprende la llamada del V Concurso de Recitadores Inéditos. "Al que podrán presentarse todos los productores, sus esposas y sus hijos, mayores de 16 años". Valladolid cuenta ahora mismo con un compacto censo laboral y el cálculo de probabilidades abona la esperanza de que en tal masa de obreros se encuentren los rapsodas merecedores de los laureles públicos. Para su actuación -eso sí-, deberán atenerse a la legalidad vigente (en las bases del concurso) o sea: "no podrán acompañarse de sonidos extraños a su propia voz". Correcto.

AUDEN W. H. poeta inglés que murió en este otoño, quiso, por una nota

testamentaria, que sus amigos quemasen todas las cartas que él les escribiera. Sospecho que estas peticiones son de resultado inseguro, y que en evitación de que algo no se lea, nada como no escribirlo. Por cierto que uno de los afectados declaró, acaso con sorna, lo hiperbólico del mandato, puesto que "las cartas de Auden consistían en un par de líneas".

Más extensas y no sometidas a hipoteca testamentaria, son las cartas que yo recibo de algunos escritores amigos. Pocos, es la verdad. La mayoría de la gente, incluso gente "de pluma" lo que prefiere es el teléfono, o sea, levantar a uno de la mesa -si no de la cama-, y entenderse mal. Recibir una carta, una verdadera carta, es un regalo cada vez más raro y memorable. De entre los escribidores Garciasol lo hace con caligrafía dramática sobre papel doblado a cuatro carillas; Otero Pedrayo cuenta cosas prodigiosas; Enrique Badosa manda postales de Venecia o así, con un ¡Salve! amigo por saludo... y Ramón Carnicer -de quien haré párrafo aparte- entrega, de regalo, textos que le pagarían, sin duda, el periódico o el editor:

"Anteayer regresé de la última etapa del viaje castellano. Anduve por las provincias de Segovia y Ávila, recorriendo en particular de esta última los pueblos situados en las dos vertientes de la Sierra de Gredos (la Carpeta Vetónica, según me dijo un taxista de San Martín de Valdeiglesias). Fueron dos semanas muy interesantes. Ahora me queda confrontar multitud de datos, leer muchas cosas viejas y emprender, allá para enero, la composición del libro, que no va a ser fácil, dada la necesidad de concretar lo presente sobre un fondo histórico que quiero difuminar todo lo posible de manera que no resulte una tabarra historicista. Mezclar capadores y taberneros con reyes católicos y con don Alvaro de Luna y otros personajes de parecida talla, no va a resultar grano de anís".

Carnicer, fervoroso de la obra bien hecha, podrá mejorar, acaso, lo que se llama "calidad de página". Pero ahí en su correspondencia" está ya el vigor de su pensamiento bajo la gracia de una expresión fluida, espontánea, con sus pocas tachaduras veloces... Ahora sale a las librerías "Las personas y las cosas". Cuarenta artículos o ensayos que leeré con afán. Que en algunos casos "releeré", por obra y gracia de las cartas anticipadoras.

TANTO como las vidas satélites, subsidiarias (si escribo una historia evito los

personajes desaforados), me atraen ciertas fechas del almanaque que no vienen en rojo festivo sino al contrario, rebajadas bajo la sombra de una solemnidad anterior. Por ejemplo, el 3 de mayo. La gloria fue de la víspera, que aún hace pocos años los escotares celebraban con vacación, y por ahí andan plazas y calles y parques nombrados del Dos de Mayo, y hasta algún restaurante económico. Pero el día patriótico de verdad, el de las difíciles y arriesgadas decisiones, fue el 3, aunque nadie se acuerde del santo de su nombre (San Alejandro, Papa). Los alemanes entraron en París un 14 de junio. Un trance amargo para los franceses; pero el desfile acompasado de las botas nazis bajo el Arco de Triunfo tenía una cierta plasticidad, casi una estética que algo distraía los ánimos. La fecha cumbre del drama fue el 15 de junio, ya sin tambores, con el engrudo fresco de los primeros edictos sobre los muros: "Se ordena", "Se prohíbe", "Se emplaza". Era seguir respirando pero aprender a respirar de otro modo.

Ahora acabamos de festejar el día primero del año. Y el 2 de enero asoma, tímido, a los almanaques; sean éstos del Sagrado Corazón o con señoritas desabrigadas que darán compañía a los camioneros en sus levantadas cabinas. Aunque sea sin atrevimiento, la fecha viene a recordarnos todo el cúmulo de promesas solemnizadas ante la propia conciencia, los aplazamientos "para el año que viene", porque el 1 no cuenta, como no cuenta en un libro la portadilla en blanco, lujo que los impresores llaman "cortesía".

Yo le tengo simpatía al 2 de enero, tan honrado él, tan desentrenado. Lo que pasa es que (una cosa es predicar y otra dar trigo), después de estarse de codos sobre, la mesa, primero con mucha furia, luego distrayéndome en el vuelo de un gorrión, al fin con un desaliento infinito, decido de un salto alegre que el año empieza, lo que se dice empezar... el día siguiente de Reyes.

Ciertamente, al 2 de enero no hay quien lo meta en la historia.